

CANTOS DE LA PALABRA ILUMINADA.

Entre los muchísimos libros de autores uruguayos, graciosamente donados por la Biblioteca Nacional de Montevideo al Seminario de la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos, encontramos el segundo volumen de los "Cantos de la palabra iluminada" de Estrella Genta. Se trata de una nueva serie de poemas de la joven poetisa uruguaya, que tan merecida y calurosamente fuera saludada con motivo de la aparición del primer volumen de los "Cantos de la palabra Iluminada", en el año 1934. Estrella Genta no ha llegado aún, según sabemos, ni siquiera a los veinte años, y no obstante, háse revelado ya como una auténtica poetisa, de propios y altos méritos, por su emoción fresca y juvenil y sobre todo, por el sentido hondo y en veces trascendente de sus canciones. Estrella Genta, en efecto, alzándose radiosa del fondo encantado de su juventud maravillada se eleva tan alto en su afortunado vuelo poético que roza casi continuamente los linderos del mundo suprensensible y lo penetra con sus ávidas miradas. De ahí el dejo sugestivo y, si se quiere, luminoso y sombrío a la vez, de su poesía. Muchos, ciertamente, han señalado ya este doble aspecto de la obra poética de Estrella Genta, a la que unas veces se ve prendida en el rayo de luz que juega ora en la policromía del amanecer, ora en la quietud de la tarde que se prepara a morir en brazos de la noche, y otras veces se la contempla ensimismada y grave, cargada de terribles interrogantes, prematuramente absorta ante el secreto del destino y de la vida.

¿Porqué este gran silencio de todo lo que muere?
el ave que su canto detiene para siempre,
al árbol rumoroso que se troncha de un tajo
y el hombre que enmudece definitivamente?

Este morir callado ¿qué secreto nos guarda?
¿Porqué tantos millones de vacías palabras;
los sollozos, las risas, los lamentos, los cantos?
¿Porqué hablaremos tanto si no sabemos nada?

Siento que es la palabra como un grito sin eco.
¿Qué inmensa la pregunta! ¿Qué infinito el silencio!
¿Cuánto dolor del hombre para afinar su oído
y escuchar lo que oculta la pared del misterio!

Y así la poetisa, magnífica y vibrante, en medio de este mundo sordo e indiferente ante el sufrimiento humano, yérguese llena de energía y sepulta su mirada en el infinito, como desafiando la sentencia inexorable de las cosas. Gabriela Mistral ha dicho de élla: “Es mística pero no está con los místicos; es extraña a Fray Luis como a Santa Teresa de Jesús; élla tiene el sentido místico de las causas’....

¡Qué desierto implacable el de esta larga noche
donde voy dispersando mi equipaje de angustias
en fatigada marcha por las dunas de sombras
sin saber desde cuándo he perdido la ruta!

Pensar que tantas veces hice la travesía!
¿Dónde estará el oasis, tregua de mi camino,
que aplacaba la sed y el fuego de mi alma?
¡Si las distancias huyen de mis pasos heridos!

¿Dónde hallar el oasis, refugio de luz pura
en el desierto ardiente de la noche sombría?
Y tener que avanzar, sintiendo ante los ojos
el espejismo absurdo, fatal de sus pupilas!

Estrella Genta es toda élla un alma, una alma quemada por extrahumanos amores, por sublimes inquietudes y acaso por vagos ensueños ascéticos también. Pero Estrella Genta es mujer, y, como tal, debe vivir en sí el drama de las oposiciones, tanto más vivo cuanto más intensas las aspiraciones del espíritu que se levanta y emerge verticalmente cual una gran boca que quisiese beber en las aguas de la Divinidad. Porque el sér humano es fragancia de carne y fragancia de alma. Aspirando la primera peca y cae. Aspirando la segunda se salva y se levanta. Y, como simultáneamente les son ofrecidas al hombre ambas fragancias resulta entonces condenado irremediablemente a una vida de contradicciones y de actitudes paradójales. Cae y se levanta a un tiempo mismo, y este caerse y levantarse interminables tórñale en un ser adolorido que experimenta a la vez la miseria que abate y la grandeza que exalta, la pequeñez que humilla y la superioridad que encumbra.

¡Qué triste!—Los hombres son manos y boca;
con sus manos todo lo quieren tomar;
sus bocas, abiertas incansablemente,
inspiran inmensa piedad.

Yo, para curarme, laceré mis labios
y aferré mis manos con nudo tenaz;
y aún la materia no quiso librarme
del pobre destino: desear y desear....

Hasta que buscando tu ley amorosa
te escuché en mí misma, suprema verdad:
“La mano es mi mano si da y nada pide;
la boca es mi boca si sabe ofrendar”.

Cordel y mordaza, que sin conocerte
me ayudé mil veces ¡que inútiles ya!
Mis manos son tuyas: las doy en ofrendas;
mis labios son tuyos: hoy pueden besar!

Es así como, esta admirable poetisa uruguaya, se nos presenta en toda su humanidad, de un lado fresca y esplendente por sus juveniles años y de otro lado, seria y meditativa por la fuerza poética de que está llena. Hay en élla, junto al arrebató repentino, una pasión enorme por el misterio, un anhelo firme de sorprender la voz metafísica de los seres y de captar el mensaje de las estrellas. ¿Quién sabe si poniendo mi alma como lente—logro ver en mi cielo toda la inmensidad?”—se pregunta a sí misma. Y sus ojos saltan hacia todos los horizontes y su corazón se precipita por todos los caminos. Escarba el silencio con sus pensamientos y otea con el alma el panorama invisible del más allá. Bucea en todas las profundidades en busca temprana de la esencial realidad y quiere con sus manos asir el secreto universal. Ansiaría élla ser toda leve y en una disgregación panteísta extenderse multidimensionalmente por todos los ámbitos del mundo. Acaso siente en su ser la plenitud de lo incorpóreo y viajar en el “navío de la noche” por el océano de la eternidad.

Con ansiedad creciente me iré haciendo tan diáfana
que mi ser en un rayo sutil se tornará.
Volveré por un prisma de amor hacia los hombres
desde el enorme foco de luz del más allá.

Aquellas inefables sensaciones del espíritu aquellas notas fundamentales de la melodía inexpressable que resuena una y otra vez en la subjetividad más pura de nosotros mismos, aquel ensueño metafísico alimentado en el altar de nuestras almas, aquel silencioso aletear de la muchedumbre de quererés quiméricos y de presentimientos oscuros; todo éllo ha recogido la sensibilidad finísima y excelsa de Estrella Genta.

Me golpea una fuerza contenida en mí misma,
que me oprime de angustia maravillosa y rara;
no sé si es la expresión de vital energía
o fluído sutil de la esencia del alma....

Por manera que interpretando con fidelidad poco común los movimientos de su psiquis privilegiada; reuniendo en un sólo haz, be-

llo y rutilante, las voces dispersas de los sueños imposibles; acogiendo como en un cendal, primorosamente engastado de piedras preciosas, los desmayos y los afanes supremos del alma; fundiendo en su inspiración poética todas las armonías vividas en los instantes de reconcentración espiritual; Estrella Genta háse convertido, para honra de su patria y de la América toda, en una poetisa grande por su genio y universal por el sentido y la intención humanísima de su obra poética, que es obra de mujer y obra también de artista y casi diríamos, de vidente. Ella sabe del “deslumbramiento” frente al incomprensible rumor de nuestra vida interior que se desliza por entre los estratos subterráneos del inconciente; sabe igualmente de la tremenda “obsesión” del pensamiento ante la inmensidad de lo desconocido que parece inmovilizado en una quietud incommovible y que, en verdad, agítase en cósmica actividad; y sabe, asimismo, élla, por último, de la “noche” grandiosa del alma, noche que es “como mil noches” por las tinieblas mil veces densas de que está repleta y por la paz silente que la cubre como un crespón de luto y de cuyas recónditas simas brotan frases de misterio y de dolor....

¡Oh dolor sin fatiga de penetrar lo hondo,
de golpear y golpear las paredes sombrías,
de horadar un camino entre lo subconciente
a las astrales vetas de nuestra propia vida!

Y así, Estrella Genta, místicamente, férvidamente, se adentra en la “selva oscura” de su vida. Se ausculta a sí misma unas veces y otras pega los oídos al potente latir de la naturaleza, febricitante, suplicatoria, valiente siempre, para decirse muy pronto: “De todas las almas que encierra mi vida ¿cuál será la eterna?”.... “Rumores confusos, murmullos ahogados,—palabras distantes, suspiros apenas....—el oído atento busca inútilmente—distinguir de todas la voz verdadera.... Son múltiples almas que forma el alma—¿pero cuál será la única, perdurable, eterna?”.... Y de este modo su curiosidad, su afán de saber, su tendencia a indagarlo todo, se mezcla con el sentimiento estético que es como el fondo donde se proyectan y se quedan todas las palpitaciones de su vida generosa y sublimada por el ardor poético. Estrella Genta, empero, es una alma insatisfecha y quien sabe si persigue la “escondida senda”. Tiene su poesía la elegancia grácil y límpida de Rubén Darío y el lirismo austero y noble de Amado Nervo, y no le son ajenas también el entusiasmo amoroso de su compatriota Raquel Sáenz. Estrella Genta es, sin embargo, original y única. El valor de su poesía radica particularmente en el hecho de ser leal reflejo de una alma que se expresa franca y concretamente con sus propias palabras y dice al desnudo sus personales angustias. En el Uruguay especialmente y en todos los países de América y aún en España e Italia, la poesía de Estrella Genta ha sido ya estudiada y analizada con amplitud estando todos contestes en reconocer los puros kilates de su inspiración y en la

poetisa “un fino temperamento literario, de medios expresivos certeros y un enfoque de las cosas que es indicio cierto de firme personalidad”, como ha dicho el intelectual uruguayo Carlos Reyles. Y la señora Esther Parodi Uriarte de Prunell, en una conferencia leída en el Salón de Actos Públicos de la Universidad de Montevideo, el 6 de Julio de 1935, ha dicho: “Ella siente la Eternidad en forma intuitiva, sin ninguna dirección escolástica. En élla, Dios no es una consecuencia metafísica, sino una exaltación del espíritu, un fluír de su vida misma; su perfume, la esencia de su ser”... “Toda es en élla vibración armoniosa, arrebató lírico, verdad, profunda verdad: la poesía está en Estrella Genta como la luz en el diamante. Su sinceridad artística es profunda hasta el éxtasis, hasta el dolor, hasta las lágrimas. Escribe siempre con el alma abierta en alas, bajo la inmanencia de las cosas eternas; y pone tanta unción, tanta religiosidad en sus concepciones líricas, que bien puede élla decir, como el artista inmortal: ‘ Hago el arte de rodillas’... “La imagen juega luces en su poesía como un diamante a la claridad del sol. Con la imagen salta por sobre los contornos fríos de las cosas y con la imagen descubre y penetra los sentimientos de la Eternidad”...

Estrella Genta, ha quedado así consagrada definitivamente para la posteridad. No debemos olvidar, sin embargo, de que élla es todavía joven, casi una niña y, por lo tanto, esperamos confiadamente maravillosas sorpresas de su talento poético tan singular y bella. Mientras tanto, saludémosla nosotros también y unámonos al coro de sus admiradores. Sed bienvenida, excelsa poetisa.

Biblioteca de Letras CÉSAR GÓNGORA P.
«Jorge Puccinelli Converso»

